

LUCHA POR EL PODER Y RESISTENCIA

en la Zaragoza de 1808

Pedro Rújula

Universidad de Zaragoza

El hilo conductor de este artículo surge de un diálogo con un texto que pasa por ser bastante conocido, *Años políticos e Históricos de las cosas más particulares ocurridas en la Imperial, Augusta y siempre Heroica ciudad de Zaragoza. 1808* de Faustino Casamayor. No la versión más popular, y a veces confundida, de *Los Sitios de Zaragoza*, que editaron en 1908 José Valenzuela La Rosa y en 2000 Herminio Lafoz,¹ sino la versión seriada, la primitiva, aquella que muestra el ritmo continuo de un hombre que hace más de 25 años que venía completando pacientemente las cuartillas de sus anales de la ciudad. Cuartillas que, sin proponérselo, muestran como la feliz cotidianeidad entre la que vive el cronista, salta por los aires en mil pedazos con la llegada de los franceses irrumpiendo en su vida algo de una dimensión a la que no está habituado y que, posiblemente, nunca llegó del todo a comprender.²

Los ojos de este hombre perplejo han servido con mucha frecuencia para documentar la época.³ Sus cuadernos han sido cantera de mate-

¹ Faustino Casamayor, *Los Sitios de Zaragoza. Diario de Casamayor*, Cecilio Gasca, Zaragoza, 1908, prólogo y notas de José Valenzuela La Rosa. Faustino Casamayor, *Diario de los Sitios de Zaragoza*, Comuniter, Zaragoza, 2000, Edición, prólogo y notas de Herminio Lafoz Rabaza. Sobre los diarios, véase también, Concepción Sánchez, «La crónica de los Sitios: Casamayor», en *Los Sitios de Zaragoza*, Fundación 2008, Zaragoza, 2009, pp. 239-246.

² El manuscrito ha sido editado recientemente y a él remitiremos en las citas textuales. Faustino Casamayor, *Años políticos e Históricos de las cosas más particulares ocurridas en la Imperial, Augusta y siempre Heroica ciudad de Zaragoza. 1808-1809*, Comuniter, Zaragoza, 2008, edición de Pedro Rújula. En su introducción se encuentran en bosquejo algunas de las ideas contenidas en este artículo.

³ La trayectoria de Faustino Casamayor ha sido estudiada por Concepción Sánchez Rojo, *Faustino Casamayor, un observador de Zaragoza entre dos siglos, 1760-1834*, Comuniter, Zaragoza, 2005.

riales beneficiada, y veces hasta saqueada, por algunos historiadores, y muchos curiosos, que han ido a la búsqueda de datos, informaciones, documentos, detalles... casi hasta conseguir transmitir la sensación de que han quedado vacíos, exhaustos.

No voy a seguir por esta vía. Mi interés se dirige, no tanto hacia lo que se ve en la obra de Casamayor como a la mirada misma. No tanto hacia lo que refleja en sus páginas –los acontecimientos o las informaciones– como a la forma que tiene de reflejarlos. Me interesa, sobre todo, la mirada como acto intencionado, la mirada como gesto que, cuando se lleva a cabo, contiene y concentra todo el enorme peso cultural de quien la realiza. Es un gesto este, el de mirar, mirar por escrito en este caso, que también denuncia una visión del mundo, una interpretación –entre otras muchas posibles– de lo que sucede alrededor y, por supuesto, de todas aquellas otras cosas que, aun sucediendo delante suyo, nunca fueron vistas o, si lo fueron, no alcanzaron, según su consideración, el grado de reseñables.

Y, en concreto, voy a detenerme en un momento crítico, que lo es siempre, por definición, de todo movimiento social: el tiempo inmediatamente anterior al estallido en que se forjan la estructura y los primeros pasos de la movilización. En este caso, de la movilización zaragozana que tuvo lugar aquella temprana primavera de 1808, prestando especial atención a las circunstancias políticas y sociales que precedieron a ese otro momento, bastante más conocido, que fue el episodio de los Sitios.⁴ El análisis que sigue, se articula, básicamente, en torno a cuatro momentos. El primero de ellos aborda la ruptura de la normalidad que se produjo en el mes de marzo con los primeros movimientos de significado político en la ciudad protagonizados por los estudiantes. En segundo lugar, el tiempo de tensa espera que vino a continuación hasta que se confirmó el fracaso de las negociaciones de Bayona y los días siguientes en los que tuvieron lugar reuniones dirigidas a valorar la situación. En tercer lugar el asalto al poder iniciado el 24 de mayo con la toma del castillo de la Aljafería donde se encontraban custodiadas las armas de la ciudad. Y, finalmente, el comportamiento de Zaragoza en el momento que llegan ante sus muros las tropas imperiales.

⁴ Existen diversas revisiones bibliográficas de los Sitios, desde la temprana de Carlos Riba y García, «Aparato bibliográfico para la Historia de los Sitios de Zaragoza», en *Publicaciones del Congreso Histórico Internacional de la Guerra de la Independencia y su época (1808-1815)... Celebrado en Zaragoza durante los días 14 á 20 de Octubre de 1908*, Tip. de Mariano Salas, Zaragoza, 1910, t. IV, pp. 177-296, hasta las más recientes de Herminio Lafoz, *La Guerra de la Independencia en Aragón. Del Motín de Aranjuez a la capitulación de Zaragoza*, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 1996, pp. 19-39; María Salas Yus, *Descripción bibliográfica de los textos literarios relativos a los Sitios de Zaragoza*, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 2007; y Francisco Palá, «Textos literarios y relatos históricos sobre los Sitios de Zaragoza impresos en el siglo XIX», en *Los Sitios de Zaragoza*, Fundación 2008, Zaragoza, 2009, pp. 181-211.

La normalidad rota. El motín de los estudiantes

Al comenzar 1808, nada hacía pensar que aquel mismo año, Zaragoza, iba a verse envuelta por una tormenta de dimensiones europeas que iba a lanzarlo todo por los aires y a cambiar violentamente el curso ordinario de las cosas. Sin embargo, pasados unos meses, la monotonía cotidiana de la vida en la ciudad había sido destruida por la excepcionalidad de la guerra, por el asedio de las tropas imperiales francesas, por gentes que abandonaban sus ocupaciones para tomar las armas, por combatientes que llegaban de todos los lugares hasta duplicar el número de los habitantes, por la proximidad de la muerte, y por el sonido de arengas y proclamas que se oían a deshoras en calles y plazas tratando de verbalizar las razones de aquella lucha. Se abría un período excepcional en la historia de Zaragoza que no retornaría a su curso hasta seis años después, cuando los ejércitos franceses abandonaran el territorio aragonés y Fernando VII regresara al país para recuperar la corona de los borbones.⁵

El universo, tanto el físico como el mental, en el que vivía Faustino Casamayor era un lugar rítmico y cíclico. Un año tras otro se complacía en reconocer el paso del tiempo en el rostro familiar de viejos rituales que volvía a contemplar para señalar pequeños cambios de tonalidad o de intensidad. Sabía muy bien que reparar en aquellas leves diferencias era una forma simple, pero eficaz, de certificar que las cosas seguían estando en su lugar, que el orden y las jerarquías seguían reproduciéndose y que, con solo dirigir la mirada a su alrededor, podía ser testigo del tacto armonioso con el que Dios gobernaba su querida ciudad.⁶

Los escenarios predilectos de aquella demostración eran la catedral de La Seo y el santuario del Pilar, donde tenían lugar los actos de mayor relieve. En torno a ellas se disponía toda una constelación de templos de menor entidad, pero muy importantes a la hora de hacer girar aquella enorme maquinaria dramática. Iglesias, como las

⁵ Sobre la Zaragoza de los Sitios, son de referencia las obras de Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios que pusieron a Zaragoza en los años 1808 y 1809 las tropas de Napoleón*, Imprenta de D. M. de Burgos, Madrid, 1831, 3 t. y la de Herminio Lafoz, *Zaragoza, 1808. Revolución y guerra*, Comuniter, Zaragoza, 2006. Para los tiempos de la ocupación de Zaragoza por los franceses y del establecimiento del régimen constitucional en la ciudad véanse los volúmenes correspondientes a 1810-1811 y 1811-1812 de Faustino Casamayor, *Años políticos e Históricos de las cosas más particulares ocurridas en la Imperial, Augusta y siempre Heroica ciudad de Zaragoza. 1810-1811*, Comuniter, Zaragoza y los estudios introductorios realizados, respectivamente, por Herminio Lafoz y Carlos Franco de Espés, así como Francisco Javier Maestrujuán Catalán, *Ciudad de vasallos, Nación de héroes. Zaragoza: 1809-1814*, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 2003.

⁶ Sobre el tiempo cíclico como una concepción de los «Antiguos» frente al tiempo lineal de los «Modernos», véase Krzysztof Pomian, *L'ordre du temps*, Gallimard, Paris, 1984, pp. 53-54.

de San Cayetano, Santa Cruz, Santa Engracia o San Gil, y conventos, como los de San Ildefonso, El Carmen, Santo Domingo, San Francisco o Nuestra Señora de Altabás, hacían posible que todo el mundo tuviera la oportunidad de participar en los actos y, lo que es más importante, que se establecieran vínculos personales entre individuos y parroquias que les permitían, no sólo generar lazos de identidad interclasista, sino experimentar la sensación de formar parte de todo aquel gran entramado.

Así comenzó para Casamayor el año 1808, reconociendo en la secuencia de festividades el sonido característico de los días que pasan. A la venida de la Virgen del Pilar se sucedía la fiesta de Reyes, después San Victorián, San Antonio y San Vicente mártir y, tras ellos, San Valero y Santa Águeda. Disfrutando del sonido familiar del rezo de las cuarenta horas, los maitines y los novenarios, de los claustros, atrios, altares e iglesias engalanadas, de los pabellones de damasco, de los ángeles y floreros de adorno, de la iluminación de luces y arañas y del cántico de rosarios y letanías. Asistiendo a confirmaciones masivas, a suntuosas fiestas de canonización, a procesiones con santos primorosamente vestidos «con mucho oro y pedrería», a los tedeum y publicaciones de bulas, así como al desfile por las calles de la ciudad de centenares de eclesiásticos, en representación de las instituciones religiosas, seguidos de los miembros de la nobleza local y de los parroquianos rodeados de todo tipo de banderas, hachas, pendones, peanas e imágenes.

Dejaba constancia de las indulgencias concedidas por el obispo auxiliar, de las cofradías y hermandades que igual celebraban sus fiestas que se ocupaban de los funerales de sus miembros más destacados, de toda la variedad de los fuegos de artificio –carretillas, voladores, cohetes, ruedas, calderonas...–, de los beneficios que quedaban vacantes y de aquellos que eran provistos, y del éxito que solía acompañar las intervenciones de los predicadores más populares como el padre Camilo Foncillas, director del colegio de las Escuelas Pías. Con la llegada de Carnaval se fijaba en las corridas de novillos, en el baile de la contradanza, en las pantomimas, en las dos comedias representadas diariamente en teatro y en los boleros y otros bailes que tenían lugar en las calles, y al inicio de la Cuaresma atendía a todos los predicadores que intervenían en los templos zaragozanos.

Aquel invierno, frío y lluvioso como no se había visto otro desde 1782, siguió registrando con mano de notario los fallecimientos de conciudadanos notables, ya fueran «colosos oradores», canónigos, presbíteros beneficiados, contadores del catastro, sochantres jubilados, altos funcionarios «bien acomodados» o nobles como el barón de la Menglana o el duque de Híjar. Dejó constancia de la apertura, como todos los años, de las sesiones del Real Acuerdo con el discurso del

capitán general y del paso por la ciudad de altos cargos, como el marqués de Vallesantoro, que acababa de ser nombrado virrey de Navarra, o miembros de la familia real, como María Teresa Ballabriga, viuda del infante don Luis.

Hasta casi finales del mes de marzo, a los ojos de Casamayor, parecía que los únicos hechos de interés que se habían producido en la ciudad eran la presencia de perros rabiosos en las calles, la rifa anual del tocino de San Antón a favor de los enfermos del hospital de Nuestra Señora de Gracia, o aquel predicador, que en la fiesta de Santa Jacinta de Marescotti «se desganó en términos que le fue imposible proseguir, y lo bajaron del púlpito llevándolo a la enfermería en una silla».⁷

Pero las cosas cambiaron de aspecto bruscamente cuando, el día 22 de marzo, llegaron a Zaragoza las noticias de los acontecimientos del 18 anterior en Aranjuez durante los cuales Manuel Godoy había sido exonerado de todos sus cargos. El Real Acuerdo se reunió en pleno extraordinario para dar lectura a la Real Orden que comunicaba el hecho y, por la tarde, se publicó mediante carteles impresos. La ciudad reaccionó celebrándolo «con mucho entusiasmo y alegría». Por su parte, los estudiantes se dirigieron al teatro de la universidad, arrancaron el retrato de Godoy que presidía la sala y lo hicieron víctima de agresiones y ofensas en una procesión que terminó quemándolo muy cerca de la Cruz del Coso.

A pesar de haber desoído las órdenes del rector y catedráticos, hasta aquí el comportamiento de los estudiantes sólo se había excedido en celebrar e interpretar el contenido de las declaraciones oficiales. Sin embargo los hechos no iban a quedar ahí. A continuación, los estudiantes adquirieron un retrato del infante Fernando, lo colocaron bajo un dosel donde se había escrito «Vivan los reyes» y lo llevaron en procesión por la ciudad.

Para entender la dimensión del gesto hay que señalar que, en ese momento, no se conocía en la ciudad la noticia de la abdicación de Carlos IV en su hijo Fernando y, además, no se haría pública hasta cuatro días después. Luego, la proclamación de éste como rey que estaban haciendo los estudiantes, tenía un fuerte componente subversivo. Conscientes de ello, por dos veces, solicitaron el consentimiento de la máxima autoridad local, el capitán general Guillelmi –en un gesto que tenía mucho de coacción–, que les autorizó a continuar con el festejo, a lo que reaccionaron lanzando sus sombreros al aire y gritando «Viva el rey». El final de la algarada fue regresar a la universidad y colocar el retrato de Fernando en el mismo lugar que antes ocupaba el de Godoy. Al final «todo fue regocijo, así en los estudiantes como en los

⁷ 23 de febrero de 1808, Faustino Casamayor, *Años Políticos e Históricos... 1808-1809*, op. cit., p. 24.

demás vecinos de la ciudad, sin haber ocurrido desgracia ni alboroto alguno».⁸

Ante estos hechos las preguntas se agolpan ¿Por qué el general Guillelmi no se comprometió en la defensa de la legalidad vigente? ¿Era cierta la unanimidad antigodoyista de la ciudad? ¿Cómo se había forjado y quienes eran los principales defensores de la opinión favorable a Fernando? ¿Cómo podía un hombre de orden como Casamayor sancionar el relato de aquellos hechos con la alegría y unanimidad de los zaragozanos? Todas las respuestas se dirigen en la misma dirección: el poder de los sectores fernandinos en la ciudad y la difícil posición de los partidarios del reformismo ilustrado.

Visto por sí mismo, en su propio contexto, el motín de los estudiantes fue todo un golpe de mano de los sectores más inmovilistas de la ciudad, de los que Casamayor era un buen representante. Con él marcaron el terreno, demostraron a los sectores reformistas que no contaban con apoyos ni en las instituciones, que se inhibían, ni en la calle, que celebraba con alegría incontenida la caída del valido e, implícitamente, la del rey que lo sostenía. Toda una forma de decir que Zaragoza secundaba el motín de Aranjuez, y que la conspiración del príncipe Fernando –denunciada en El Escorial en 1807– había triunfado un año más tarde.

Sin franceses a la vista, lo que se dirimía aquí aquella primavera de 1808, era una cuestión de política interna entre dos sectores que giraban en torno a los partidos de la Corte y en la que se había impuesto el más conservador de ellos. Desde ese momento los fernandistas serán los sectores que lleven la iniciativa en la ciudad, los que interpreten los acontecimientos y los que tomen las riendas de la situación.

De momento, el poder estaba en manos de las mismas autoridades e instituciones que regían en tiempos de Godoy. El Real Acuerdo tomó la iniciativa. Para conjurar el peligro de nuevas alteraciones del orden protagonizadas por los estudiantes les dio licencia aprobándoles el curso. No obstante, cuando el 26 se hizo pública la abdicación de Carlos IV, los estudiantes todavía no se habían marchado y cobraron nuevo protagonismo en las celebraciones, dando música en el Coso y cantando muchos vivas y canciones «con mucho alborozo y entusiasmo en obsequio del nuevo monarca, tirándose muchos voladores, cohetes y tiros por toda la ciudad».⁹ El 28, cuando finalmente se les conminó a

⁸ 22 de marzo de 1808. *Ibidem*, pp. 31-32. Otra versión de los hechos en Juan José Marcén Letosa, *El manuscrito de Matías Calvo*, Mira, Zaragoza, 2000, p. 177 y «La revuelta universitaria zaragozana en el curso 1807-1808», en *Cuadernos de Aragón*, n.º 25, 1999, pp. 171-201. Una revisión reciente del motín en Pedro Rújula, «Los antecedentes del levantamiento zaragozano de 1808», en *Los Sitios de Zaragoza*, Fundación 2008, Zaragoza, 2009, pp. 47-56.

⁹ 26 de marzo de 1808. Faustino Casamayor, *Años Políticos e Históricos... 1808-1809*, op. cit., p. 37.

que volvieran a sus casas, provocaron una nueva algarada que terminaría con el encarcelamiento de alguno de ellos. Lo que unos días antes parecía conveniente, ya no lo era tanto, sobre todo cuando había sido aceptada en la ciudad la nueva realidad del poder, la del nuevo monarca Fernando VII.

Aquí parecía terminar todo, como el desplazamiento de unos sectores de la monarquía por otros. Así podía leerse, en los días siguientes, en gestos que todos pudieron contemplar: la misa e iluminación que el marqués de Ayerbe sufragó en El Pilar por haber sido repuesto como primer caballero de Su Majestad –Ayerbe había sido apartado de la Corte y confinado en Calatayud en la causa de El Escorial–; las noticias que se iban recibiendo como el nombramiento del duque del Infantado como presidente del Consejo de Castilla o la confiscación de todos los bienes de Manuel Godoy; también, el 31 de marzo, salía de la ciudad –y esto suponía un avance considerable para estos sectores, el intendente Ignacio Garcini, la segunda autoridad de Aragón tras el capitán general. Dice Casamayor que llamado desde Madrid,¹⁰ pero lo que no dice es que había sido apedreado en la Puerta Quemada –precisamente en este momento– con el pretexto de haber establecido un impopular impuesto sobre el vino.

La espera. Zaragoza durante las negociaciones de Bayona

En abril, la celebración de la Semana Santa abrió un impás en todo lo tenía que ver con la política, pero, concluida ésta, en la segunda quincena del mes, la política volvió de nuevo a cobrar actualidad. A través de las rogativas públicas ordenadas desde la Corte se fue transmitiendo a los vecinos de Zaragoza información sobre todo lo que estaba ocurriendo. Si la primera de ellas, la del día 18, sólo pretendía difundir la idea de normalidad expresando públicamente los mejores deseos para el reinado que entonces comenzaba, muy pronto los contenidos iban a cambiar. Las rogativas públicas y generales del día 24 de abril pidieron por el éxito del viaje del rey a Bayona, y la celebración fue de tales dimensiones que no pudo quedar nadie en Zaragoza que no recibiera información del momento crítico que atravesaba la monarquía. Y mucho menos al día siguiente, cuando volvió a repetirse nueva rogativa con solemne presencia del Real Acuerdo, el capitán general, el regente de la Audiencia y todos sus miembros con el mismo objeto. Al mismo tiempo tenían lugar misas y letanías en todas las iglesias de la ciudad cuyos ruegos reproducían y multiplicaban en cada barrio el sentido de las ceremonias de la catedral (en sufragio por el buen resultado del viaje de Fernando VII a Francia). Los días siguientes se mantuvieron las rogativas y estuvo iluminada la capilla del Pilar «para que por su

¹⁰ *Ibidem*, p. 39.

intercesión tenga buen éxito en favor de la monarquía como tan devoto de nuestra santa imagen».¹¹

En definitiva, las rogativas fueron un vehículo a través del cual la monarquía fernandina –primero el propio rey y después, en su nombre, el infante don Antonio– fue informando a los súbditos, según sus intereses, de lo que estaba ocurriendo, atrayendo así su atención sobre los acontecimientos políticos de esos días y abriendo sus ojos a la expectativa de lo que pudiera pasar con el rey fuera de España. Además, y esta es una cuestión clave, los eclesiásticos se convirtieron en los mediadores del mensaje político, los intérpretes de la situación, y los espacios religiosos se iban a cargar de un potente significado político como el lugar en el que se producía la conexión entre la monarquía y la sociedad.

Así estaban las cosas cuando el día 5 de mayo el posta trajo la noticia del sangriento choque que había tenido lugar el día 2 entre los madrileños y las tropas de Murat. La presencia de fuerzas francesas sobre suelo español era una cuestión que no había figurado entre las preocupaciones de los zaragozanos. Hasta ese momento, solo Godoy parecía concitar todas las iras. El Real Acuerdo decidió dar a conocer la noticia y la población reaccionó entonces con miedo e indignación contra Napoleón y los franceses. Y todavía se calentaron más los ánimos al difundirse la confusas noticias de que Fernando VII había hecho abdicación del trono en el emperador francés, y que Carlos IV y Maria Luisa habían sido llevados a Bayona para participar en el Congreso. Todo ello se completaba con la llegada de todo tipo de gentes huyendo de Madrid y trayendo consigo informaciones e historias sobre los dramáticos acontecimientos que habían tenido lugar en la capital.¹² La reacción del Ayuntamiento ante los últimos sucesos fue disponer, de inmediato, una rogativa general a los Santos Innumerables Mártires «suplicándoles su poderoso patrocinio en favor de Su Majestad y de la monarquía, la que se verificó asistiendo todo el clero secular y regular, y tanta gente que no había ejemplar de tanto concurso».¹³

En muy pocos días los franceses y su emperador habían entrado en escena. Entonces las instancias locales que, desde los hechos de marzo, interpretaban el sentido de los acontecimientos, dieron un nuevo paso: asimilaron rápidamente al genio revolucionario, a Napoleón, con Godoy. Decidieron, así, en beneficio propio, ignorar que Fernando VII había partido a su encuentro confiado de entenderse con el emperador y de poder servir de mediador de sus intereses en la península, entre otras cosas, porque, como Godoy, tampoco podía oponerse a los planes

¹¹ 25 de abril y 2 de mayo de 1808. *Ibidem*, pp. 46 y 50.

¹² Casamayor fija su atención en los viajeros de alto rango, como las duquesas de Híjar y San Carlos o la condesa de Cortes. *Ibidem*, pp. 51-2.

¹³ 8 de mayo de 1808. *Ibidem*, p. 51.

de Bonaparte.¹⁴ Napoleón ahora, como antes Godoy, era, fundamentalmente, el obstáculo que se interponía entre los sectores fernandinos y el poder. Si hasta poco tiempo atrás el favorito había significado la voluntad reformista y la pérdida de poder de algunos sectores privilegiados del Antiguo Régimen, todavía más claro estaba que Napoleón traería consigo un proyecto de cambio inspirado en las ideas de la Revolución Francesa. La identificación de Godoy con Napoleón era una hábil argucia contrarrevolucionaria ya que permitía partir de la realidad actual del poder y, sin discusión, convertir a los fernandinos en los representantes de la opinión del país, forzando a quienes tuvieran veleidades ilustradas a suscribirse al que se proclamaba como movimiento nacional o pasar por traidor a la patria. Casamayor, sin ser demasiado consciente de ello, nos hace partícipes de cómo se llevó a la práctica esta identificación.

La relación entre acontecimientos políticos y plegaria ascendió un nuevo peldaño el día 15 de mayo, en el contexto de la fiesta de los Santos Convertidos, una celebración de importancia que tenía lugar en la iglesia del Pilar. Los medios empleados para transmitir una idea de lo que estaba ocurriendo habían surtido su efecto pues, afirma Casamayor, los zaragozanos estaban tan atemorizados con las noticias sobre la salida de los reyes del país, los enfrentamientos con los franceses en Madrid y la desconfianza de hallarse tantas tropas extranjeras en territorio español, que se lanzaron a las iglesias a suplicar el socorro de la Virgen. Lo hicieron en rosarios que recorrían las calles de las parroquias, siendo especialmente vistosos los de las iglesias de La Seo, San Pablo, San Gil y San Miguel que se celebraron con muchas hachas, de rogativa y con un crucifijo al final y seguido de numerosa gente que, en ocasiones llegó a superar los dos mil asistentes. Estos rosarios se repitieron nueve días consecutivos.

El estado de excitación que registraba la ciudad se puso de manifiesto el día 17 cuando los asistentes al Pilar creyeron ver una palma blanca con una corona que se situaba encima de la capilla del Pilar donde permaneció unos minutos. Ante este hecho comenzaron a invocar a la Virgen y a gritar «Milagro, Milagro» y hubo quienes vieron otra palma con corona dentro de la propia capilla, lo que aumentó el alborozo y los gritos de las gentes invocando el patrocinio de la patrona. La noticia del milagro corrió como la pólvora por la ciudad y por la noche la Santa Capilla se hallaba llena a rebosar y siguieron en los días posteriores las muestras de agradecimiento a la Virgen, sobre todo al anochecer, «con los rosarios que cada día se iban aumentando de luces y gente».¹⁵

¹⁴ Juan Antonio Llorente recordó esta coyuntura en sus *Memorias para la Historia de la Revolución española con documentos justificativos recogidas y compiladas por D. Juan Nellerro*, Imprenta de M. Plassan, París, 1814, t. I.

¹⁵ 17 de mayo de 1808. Otra versión del mismo hecho puede verse en Ramón Cadena, *Los Sitios de Zaragoza*, Imprenta del «Diario de Avisos de Zaragoza», Zaragoza, 1908, pp. 2-4.

En este contexto de gran sensibilidad social, comenzaron a llegar órdenes firmes de Murat para que el Ayuntamiento y Cabildo nombrasen los diputados que debían ir a la Junta de Bayona. El escenario zaragozano no tardará en sufrir un profundo cambio.¹⁶

El asalto al poder. La movilización del 24 de mayo

Por la mañana del 24 de mayo «gentes honradas del pueblo» pidieron armas ante los rumores de que los franceses de Madrid iban a venir a tomar Zaragoza. Aunque no las consiguieron por la mañana, convocaron al vecindario por la tarde en la Aljafería. El Real Acuerdo y el Ayuntamiento se vieron desbordados por la iniciativa popular y decidieron entregar las armas. En el texto de Casamayor no hay ninguna referencia a los religiosos y, sin embargo, lo que gritan las guardias es «Viva España y la Religión». ¿Dónde están los religiosos en ese momento? Muy probablemente instigando el movimiento popular o apoyándolo desde las parroquias.¹⁷

Al día siguiente el capitán general Jorge Juan Guillelmi, un hombre refinado, instruido y de ideas ilustradas, es apartado del poder y toma el mando su segundo, Carlos Mori. Entretanto, José de Palafox, un fernandino reconocido que acaba de regresar de Bayona donde había intentado rescatar al rey, es traído a la ciudad para ocupar su lugar.¹⁸ Es decir, que el miedo ante los franceses es utilizado para eliminar los últimos vestigios de poder de la administración godoyista que, aunque muy debilitados, todavía subsistían. La amenaza de un conflicto exte-

¹⁶ Sobre la Guerra de la Independencia española José María Queipo de Llano, conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, op. cit., 3 t., José Gómez de Arteche, *Guerra de la Independencia. Historia militar de España de 1808 a 1814*, Imprenta y Litografía del Depósito de Guerra, Madrid, 1868-1893 y la de Miguel Artola, *La España de Fernando VII. La guerra de la Independencia y los orígenes del constitucionalismo*, Espasa-Calpe, Madrid, 1968. Entre las obras más recientes cabe señalar como referencia: Charles Esdaile, *La guerra de la independencia, una nueva historia*, Crítica, Madrid, 2003, Ronald Fraser, *Maldita guerra de España. Historia social de la Guerra de la Independencia. 1808-1814*, Crítica, Barcelona, 2006, José Manuel Cuenca Toribio, *La Guerra de la Independencia: un conflicto decisivo (1808-1814)*, Encuentro, Madrid, 2006, Ricardo García Cárcel, *El sueño de la nación indomable. Los mitos de la guerra de la Independencia*, Temas de Hoy, Madrid, 2007, Antonio Moliner Prada (ed.), *La guerra de la Independencia*, Nabla ediciones, Barcelona, 2007, José Gregorio Cayuela y José Ángel Gallego, *La guerra de la Independencia. Historia bélica, pueblo y nación en España (1808-1814)*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 2008 y Emilio de Diego, *España, el infierno de Napoleón. 1808-1814. Una historia de la guerra de la Independencia*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2008.

¹⁷ Sobre la instigación del movimiento, véase la opinión de Herminio Lafoz y las diferentes tesis por él recogidas. *Zaragoza, 1808. Revolución y guerra*, op. cit., p. 64.

¹⁸ Sobre la participación del general Palafox en los Sitios véase Herminio Lafoz, *José de Palafox y su tiempo*, Diputación General de Aragón, Zaragoza y *El general Palafox, héroe de la guerra de la Independencia*, Delsan, Zaragoza, 2006, así como José de Palafox, *Memorias*, Comuniter, Zaragoza, 2007.

rior proporciona la coyuntura adecuada para concluir antes con una auténtica lucha interna, con perfiles de conflicto civil, que se había iniciado con anterioridad.

Será el día 26 cuando Palafox, apoyado por la calle y, aunque de momento de forma larvada, por el clero, se imponga sobre la principal instancia civil con sede en la ciudad, el Real Acuerdo. Allí será reconocido como capitán general ante una bulliciosa multitud armada, a la que no hubiera sido fácil contrariar.¹⁹ Esa misma tarde la escena se repite en el Ayuntamiento, a quien se exigió que «hiciera cesión de sus facultades económicas y políticas a favor del mismo señor Don José de Palafox». Ese día el triunfo de Palafox es total. Al día siguiente, reunirá a los representantes de las diversas instituciones y proclamará el estado de guerra, lo que le permitió desde entonces ejercer un poder personal incontestado. Por otro lado, no tardará la capilla del Pilar en ser iluminada para celebrar –y que todo el mundo pudiera verlo– el nombramiento de Palafox y, dos días después, el 28, es el recién nombrado capitán general el que paga la iluminación de la capilla de la virgen «como hijo predilecto suyo».²⁰ Se producen muestras recíprocas de satisfacción entre la iglesia, por el acceso al poder de alguien de su confianza, y de Palafox, que reconoce así el apoyo prestado por el entorno del Pilar y toda esa religiosidad popular que va a ser tan importante para este temprano alumbramiento de los zaragozanos a la política. Son gestos cargados de un enorme simbolismo los que tienen lugar estos días.

A partir de ese momento el protagonismo de los paisanos es evidente. Por todos los sitios hay civiles armados, ellos se ocupan de hacer las guardias e incluso algún labrador, como Mariano Cerezo, recibe un cometido de importancia al ser nombrado gobernador del castillo. Sin embargo, los puestos de mayor responsabilidad, son para los hombres de la confianza de Palafox: Lorenzo Calvo de Rozas, intendente o el marqués de Lazán, gobernador de la plaza. Finalmente, para dar legitimidad a un poder cuya fuente pudiera ser considerada de procedencia espuria fueron convocadas unas Cortes de carácter estamental para ratificar su nombramiento como capitán general y todo lo actuado por él, así como para proclamar rey a Fernando VII.²¹ Terminada la sesión, Palafox, con sus edecanes y tropas, para solemnizar la jornada, se dirigió a visitar a la Virgen del Pilar. Por si pudieran quedar dudas a alguien, el movimiento

¹⁹ «O el señor Palafox ha de ser nuestro jefe y capitán general, o todas esas cabezas (señalando todos tres con sus manos a los ministros del Tribunal) van a caer en el momento al suelo». José de Palafox, *Memorias*, Comuniter, Zaragoza, 2007, p. 58.

²⁰ 28 de mayo de 1808. Faustino Casamayor, *Años Políticos e Históricos... 1808-1809*, op. cit., p. 57.

²¹ Sobre estas Cortes véase Antonio Peiró, *Las Cortes Aragonesas de 1808. Pervivencias formales y revolución popular*, Cortes de Aragón, Zaragoza, 1985, especialmente pp. 99-103.

se había realizado en nombre de Fernando VII y bajo la protección de la virgen del Pilar. Dicho de otro modo, monarquía tradicional y religión, eran los pilares de la nueva situación.²²

Resistir a las tropas imperiales

Los resultados militares estaban siendo esos mismos días muy adversos a los intereses patriotas. Los ejércitos españoles que trataban de oponerse al avance de las tropas imperiales por el Valle del Ebro fracasaron por tres veces, en Tudela, en Mallén y, finalmente, el día 14 de junio, en Alagón, ya muy cerca de Zaragoza. Pese a toda la movilización llevada a cabo en las últimas dos semanas, al día siguiente, el 15, Palafox –que, a diferencia de Casamayor, posee una visión supralocal del enfrentamiento– piensa que la ciudad no va a poder resistir,²³ y la abandona, buscando en Belchite un lugar más seguro para establecer el cuartel general. Ese día, a las dos de la tarde, bajaron las tropas francesas sobre la ciudad desde Torrero y Santa Bárbara lanzándose al asalto. Consiguieron franquear las puertas del Carmen y la del Portillo, «pero –como dice Casamayor– todos murieron, y habiendo acudido los paisanos y esforzándose con tesón jamás visto, lograron alcanzar la más brillante victoria jamás vista, siendo el triunfo el más grande, y sus circunstancias las más heroicas, como lo manifestaron los impresos». Aquí el cronista deja traslucir que nunca le gustó demasiado la primera línea de los combates y prefería tener noticias de ellos por los testimonios que podía obtener de los protagonistas o, como en este caso, de los propios papeles que circulaban impresos por la ciudad. Continuaba refiriendo sobre los hechos de ese día «el valor de las mujeres que, desde un principio, introduciéndose hasta las filas, les llevaron agua, vino, aguardiente y toda suerte de municiones, reanimando a la batalla, distinguiéndose muy particularmente los vecinos del Arrabal y Tenerías, pero sobre todos, los de las parroquias de la Magdalena, San Pablo y San Miguel, logrando cogerles muchos caballos, armas y dinero, y matándoles más de 700». Y termina diciendo que la acción duró hasta las siete de la tarde cuando «descalabrados, se fueron retirando hasta más [allá] de Casablanca, a la que dieron fuego. Los nuestros entraron triunfantes en la ciudad, llevando las banderas a presentar a Nuestra Señora, acompañándoles todo el pueblo a darle gracias por batalla tan señalada».

Los cálculos, pues, de Palafox habían sido equivocados. El ataque de los franceses, pese a conseguir franquear las puertas del Carmen y

²² Comienzan a ser detenidos aquellos identificados como afrancesados: el conde de Fuentes, el conde de Cabarrús, el general que venía destinado por Murat a hacerse cargo de la plaza, o Juan María Barrios. Llegan las noticias del levantamiento en Valencia.

²³ Agustín Alcaide afirma que Palafox se hallaba «desconfiado del éxito». *Historia de los dos sitios que pusieron a Zaragoza en los años 1808 y 1809...*, op. cit., t. I, p. 58.

del Portillo, fue rechazado y los paisanos, dejados a sus suerte, obtuvieron una sorprendente victoria de la que sólo ellos eran responsables. Llegados aquí cabe preguntarse porqué Zaragoza se comportó de una manera que nadie esperaba de ella, ni los asaltantes franceses ni los propios militares españoles, en aquella jornada del 15 de junio. Para ello es necesario recapitular sobre lo que había sucedido en la ciudad en los meses anteriores e identificar algunos factores que permiten explicar aquella situación:

- a) La coherencia con que los partidarios de Fernando VII habían dirigido sus pasos hacia el poder, mostrando una imagen de cohesión y de unidad en las acciones que les permitió convertirse en los representantes de la voluntad y de los intereses colectivos.
- b) La necesidad que tuvieron de subrayar con el apoyo popular los momentos críticos del avance hacia el poder. Esta circunstancia fue induciendo el desembarco de las gentes comunes en el terreno de la política y difundiendo la idea de participación y de protagonismo en los importantes asuntos de esos días.
- c) Todo el proceso fue arropado por una sólida y eficaz argumentación ideológica que los clérigos y el amplio entramado eclesiástico se encargaron de traducir, difundir y reforzar para que en todos los rincones de la sociedad se tuviera muy claro que se estaba dirimiendo un combate trascendental por el rey –Fernando VII– y la religión –la católica– en defensa de la Patria y contra un enemigo –Napoleón– usurpador, ateo y extranjero que encarnaba el más infernal de los futuros posibles.
- d) Cabría señalar, finalmente, que desde el 26 de mayo los zaragozanos fueron, además, movilizados y alistados, manteniendo hasta el último momento la expectativa del enfrentamiento.

Así es como, el 15 de junio, tuvo lugar el alumbramiento de la voluntad colectiva de resistir que, con elementos muy diversos, se había ido gestando en los meses anteriores. Nació como intuición, no por cálculo, ya que quienes tenían criterio para evaluar las posibilidades de aquel enfrentamiento –los franceses y los españoles– ya habían considerado inútil la defensa. La resistencia fue, entonces, la expresión extrema de quienes no podían elegir entre quedarse o marchar, la expresión de los zaragozanos en el sentido más llano del término. De aquellos que después de haber sido atraídos a la política habían terminado por creer que, como tanto habían insistido sus mentores, se hallaban ante un desafío crucial al cual no podían dejar de responder. En la autopercepción como un colectivo civil capaz de hacer frente a los ejércitos napoleónicos, reside la trascendencia de aquella jornada de junio que abrió el episodio

de los Sitios. Los zaragozanos, insospechadamente, después de la experiencia de los últimos meses, se habían inventado a sí mismos como ejército de civiles dispuestos a hacer frente al más importante ejército del momento. Del éxito de ese día, de la victoria, surgirá el mito. Un mito que se consagrará y amplificará durante los meses siguientes en los dos sitios que sufrió la ciudad de Zaragoza hasta febrero de 1809.

Conclusiones

Llegados hasta aquí, y situados en el umbral del territorio mucho más conocido de los Sitios de Zaragoza, es el momento de formular, a modo de conclusión, algunas consideraciones sobre lo ocurrido en Zaragoza en aquella primera mitad del año.

1. En la Zaragoza de 1808 existen dos ciclos de movilización bien diferenciados que, con frecuencia, se han confundido y cuya significación es manifiestamente distinta. El primero tuvo lugar, entre marzo y junio, y fue el que giró en torno al desplazamiento del poder o la neutralización de los hombres que se encontraban en los puestos principales en los tiempos de Godoy, un desplazamiento que será llevado a cabo por sectores de opinión partidarios de Fernando VII. Se trata de una disputa entre dos partidos españoles que, si bien se han caracterizado como afrancesados y fernandinos, ambos necesitaban del apoyo de Francia para consolidarse. En este enfrentamiento se encuentra larvado el componente de guerra civil que después desarrollará la Guerra de la Independencia. Y un segundo ciclo que es el de la resistencia zaragozana ante la presencia de las tropas francesas, los nueve meses que hicieron célebre el comportamiento de esta ciudad y que terminó oscureciendo, no sólo el resto de los acontecimientos de ese mismo año, sino también la secuencia en la que se habían producido.
2. Desde el punto de vista político, el gran acierto de los fernandinos fue que la presencia francesa les permitió vincular los que eran los intereses de un partido, con los intereses nacionales, lanzando fuera del espacio político como antipatriotas a quienes no fueran fernandinos. A conseguir este efecto contribuyeron todos los interesados en defender sus posiciones contra los franceses, fundamentalmente la nobleza fernandina local, que veía hundirse sus expectativas con la monarquía de José I, y el clero, que identificaba en las tropas imperiales al anticristo revolucionario, ateo y desamortizador.
3. La eficaz defensa del argumento que hacía, a los defensores de Fernando VII y de la Religión, también los defensores de la Patria,

les permitió movilizar a la población en su favor con la ventaja de hacerlo bajo la bandera de los intereses nacionales. De ese modo el acceso al poder pudo llevarse a cabo ya directamente, sin reparos, arropado por el pueblo. El momento culminante de esta estrategia llegará el 26 de mayo, cuando el Real Acuerdo ratifica el nombramiento de Palafox como capitán general. Desde ese momento, su poder es incontestado. Podrá nombrar, sin mayor obstáculo, a todos los cargos relevantes desde ese momento, y todavía fortalecerá más su posición con la militarización de la ciudad ante la presencia de los franceses.

4. El proceso fue impecable, de una gran coherencia: una cabeza política respaldada por miembros notables de la nobleza local, apoyo incondicional de los sectores eclesiásticos de la ciudad, y respaldo firme de los zaragozanos movilizados a través de prohombres y parroquias. Los reformistas y afrancesados, si los había, tuvieron que callar y reservar sus objeciones para mejor ocasión.
5. Sin embargo, para conseguir este objetivo, fue preciso contar con la participación popular. Tanto en marzo como en mayo la actitud de las gentes en las calles jugó un papel decisivo respaldando los avances de las posiciones fernandinas en la ciudad. Una inmersión acelerada de los vecinos en la política a través de la Iglesia había servido para infundir sentido político a lo que estaba pasando: Fernando VII era el eje de todas las manifestaciones, no había duda de que él era el rey, y según sus intereses se administraban los tiempos. Primero de espera, mientras mantenía la esperanza de entenderse con Napoleón. Después de resistencia cuando se desvaneció esta esperanza. Los eclesiásticos fueron los encargados de construir el nuevo discurso que atronó desde entonces Zaragoza: Dios, Rey y Patria. Palafox lo amplificó con sus proclamas y sus habilidad publicística.
6. Con todo el poder en sus manos y después de haber sido derrotadas las tropas patriotas que intentaban frenar el avance de los ejércitos napoleónicos hasta Zaragoza, Palafox consideró que allí finalizaba el papel de los civiles. Reunió a un buen contingente de soldados y se retiró hasta Belchite pensando salvar a las tropas de una nueva derrota y, tal vez, en oponer resistencia desde allí. Aquella jornada del 15 de julio de 1808 en que Palafox y sus hombres habían abandonado la ciudad a la suerte de sus habitantes, pudo haber terminado todo. Si los fernandinos no hubieran necesitado del apoyo popular y de la Iglesia para hacerse con el poder, así hubiera sido, sin duda. Sin embargo pusieron en movimiento a la sociedad y le dotaron de un soporte ideológico

que les permitiera interpretar lo que estaba pasando en términos de defensa del rey y de la religión. Además, la coherencia y eficacia con que los fernandinos se habían apropiado del poder tuvo como reflejo una eficaz articulación de la movilización social que necesitaban para conseguirlo. Fue esta la que hizo posible que la población civil pudiera defenderse con éxito frente a un ejército que, si bien no era tan poderoso como podía pensarse, muy pocos su hubieran atrevido a dudar de su victoria. Los zaragozanos se inventaron a sí mismos imaginando que serían capaces de hacer frente a los ejércitos de Napoleón. Con este acto de voluntad surgió la realidad de oponerse con éxito a las tropas imperiales. Se iniciaba así, un nuevo episodio de la movilización zaragozana que adquiriría relevancia por sí mismo y que, después de una larga experiencia de dos asedios sostenidos durante nueve meses, será genéricamente conocido como el período de los Sitios.